

INTRODUCCIÓN

En el extremo de este camino se encuentra el pueblo de Tiltepec, formado de individuos sucios, andrajosos y, en su mayoría ciegos; colocados para la República fuera de toda consideración geográfica y lejos de toda participación histórica. México tiene rincones así, de donde huye ya no digamos la civilización sino la vida; nuestra historia y nuestra geografía también tienen estos desconocidos dantescos (Pardo, 1927: 3).

LA CITA anterior pertenece a un escrito del médico oaxaqueño Ramón Pardo. Fue otro hallazgo que marcó mi trabajo tras algunos años dedicados a estudiar un asunto que, inicialmente, no buscaba y que ha redefinido buena parte de mi investigación sobre el campo indigenista, las políticas sociales de educación y salud, y la configuración geográfica, cultural y política de México. Ese asunto se convertía en tema de estudio alrededor de una palabra peculiar: oncocercosis.

La primera vez que la encontré, entre los papeles del Instituto Indigenista Interamericano, la oncocercosis aparecía entre las cuestiones de interés para el indigenismo que, en 1940, se estaba configurando como una apuesta continental en forma de organización intergubernamental. Anoté, entonces, que uno de los primeros proyectos de estudio y acción promovidos por el Instituto Indigenista Interamericano (III) fue acerca de esa enfermedad parasitaria, conocida desde finales del siglo XIX en África y descubierta en América en 1915. También quedó apuntado en mi libreta de 2005 que la justificación de un proyecto indigenista sobre la oncocercosis residía en la idea de que se trataba de una «patología indígena».

Desde esa inicial curiosidad y desde las preguntas acerca de la conexión entre el indigenismo y la oncocercosis, comenzó la investigación de amplio recorrido que da sustento a este libro. Durante un largo e intenso tiempo, esa investigación ha sido parte de una propuesta de interpretación acerca del indigenismo interamericano de mediados del siglo XX que lo sitúa en el momento preciso para la configuración de un extenso y variado campo indigenista con vocación internacionalista.

A lo largo de varios años de búsquedas, hallazgos y nuevas búsquedas, el estudio específico de la oncocercosis se fue

nutriendo de la más amplia investigación acerca del indigenismo y, al mismo tiempo, ofreció un caso concreto y significativo para cuestionar relatos hegemónicos sobre la construcción simultánea de «lo indígena» y de «los indígenas». En su intersección con temas propios de la historia de la ciencia o de la historia de la medicina, este trabajo se ha nutrido de la historiografía de la medicina, ha acudido a la literatura médica de la época y a la más reciente, además de contar con el trasfondo de la reflexión sobre la propia idea de ciencia y de las diferentes ciencias y disciplinas en transformación o en formación en aquellos años (biología, medicina, etnología, antropología, etc.). Una vez establecido ese curioso cruce entre la oncocercosis y el indigenismo como interés principal, intenté mantener una mirada amplia que no estuviera constreñida por fronteras disciplinarias o temáticas.

El arco cronológico del análisis también se fue ampliando, hacia atrás y hacia adelante, para finalmente definirse entre los años veinte y cincuenta del siglo XX. Vista desde el conocimiento médico de la época, se trataba de una enfermedad recién «descubierta» y que presentaba múltiples incógnitas. Vista desde el indigenismo que en los años cuarenta establecía su campo interamericano, no había duda sobre su importancia para la población indígena y, en consecuencia, para la institución que quería hacerse cargo de todos los asuntos que tuvieran relación con la misma y sobre lo que fundaba su legitimidad. Resultaba imprescindible, para el análisis que me proponía, recuperar miradas anteriores que pudieran ayudar a entender cómo se había dado la posibilidad del encuentro entre esa enfermedad concreta y el indigenismo. Además, también cabía averiguar si ese interés indigenista de los años cuarenta había influido en la consideración de la enfermedad más allá de ese momento y contexto concretos. El análisis se refiere, así, a un período relativamente breve, pero en el que,

mientras ocurrían cambios radicales de escenarios y de imaginarios, se heredaban significados e, incluso, estigmatizaciones de larga duración.

Aún más, me pareció que el tema ofrecía una ventana privilegiada para preguntarse, desde una perspectiva poliédrica, acerca de las grandes cuestiones que asoman, en las palabras de Pardo, en ese fragmento de gran intensidad con el que abre esta obra y al que alude su título.

Pardo escribe en un momento en el que se había difundido en el Estado de Oaxaca y en México la noticia de un «pueblo de ciegos». Poblado por zapotecos, Tiltepec parecía reunir todas las características que entonces definían una representación común y genérica de los indígenas, agrupados bajo las muchas distancias respecto de la «civilización». Para sus observadores, la enfermedad contribuía a una descripción más despiadada aún del lugar y de su gente: el aislamiento de ese rincón de la Sierra de Ixtlán, un paisaje abrupto, y en ocasiones bellísimo, que redundaba —o destacaba por contraste— la miseria de sus habitantes, cuya ceguera se presentaba como la manifestación visible y cruel de una ausencia vital y como metáfora de su inevitable ausencia de la vida del país, de su inexistencia en la historia y la geografía mexicana.

La descripción del paisaje, el diagnóstico médico y social y la representación de un grupo humano específico —pero semejable a otros: «México tiene rincones así»— hacen de este fragmento una muestra significativa de ese cruce entre medicina, imaginarios nacionales y representaciones sociales colectivas que constituye el fondo de mi interés por la oncocercosis. Otros paisajes, diagnósticos y representaciones poblaron las narrativas acerca de esta enfermedad en los mismos años en los que escribía Pardo y lo harían en años posteriores. Especialmente los que se referían al otro rincón nacional donde en 1925, el mismo año en el que ocurrió en Oaxaca, se había confirmado la existencia de la enfermedad: la zona cafetalera de los antiguos distritos de Soconusco y Mariscal, del Estado de Chiapas. Aquí fueron otras las manifestaciones visibles de la oncocercosis que más interesaron y horrorizaron inicialmente, las que afectaban a la piel y que se conocían popularmente con el nombre de «mal morado».

En el período histórico que abarca este trabajo, el escaso conocimiento científico sobre la enfermedad se une a la gran alarma social que crea la divulgación de las primeras noticias de la misma. En ese contexto, los escritos y las imágenes difundidas desde el ámbito médico participan de dos aspectos y de dos auditorios que se mezclan y retroalimentan. Por un lado, el propio espacio de la medicina y la salud, en el que promueven descripciones clínicas de la enfermedad y orientan el trabajo de médicos e instituciones sanitarias. Por el otro, estaría el ámbito antropológico, en pleno crecimiento e instituciona-

lización, en el que esos escritos e imágenes son recursos de las narrativas etnográficas acerca de determinados grupos humanos, en especial los referidos a grupos indígenas específicos y a los indígenas en su conjunto. La autoridad del primer espacio, el médico, limitó las críticas de sus discursos y, en general, reforzó estigmatizaciones que se habían ido construyendo en la larga duración de la época contemporánea. A ello alude el título de la primera parte de este libro, donde intento rescatar el potencial etnográfico de los estudios médicos y su contribución a una narrativa en la que se mezclan paisajes, diagnósticos y representaciones. La segunda parte es consecuente con este propósito, al integrar textos que convencionalmente son catalogados como médicos o antropológicos, pero que, aquí, son analizados, ambos, como narrativas etnográficas.

Es sobre esa narrativa que se fundó el interés indigenista y la legitimidad de la intervención del Instituto Indigenista Interamericano, que dedicó a la oncocercosis uno de sus primeros proyectos, con la participación de los gobiernos de México, Guatemala, Estados Unidos y la Oficina Sanitaria Panamericana bajo un amplio conjunto de investigaciones y acciones para la erradicación de la enfermedad. Considerada endémica en regiones indígenas, preocupaba por su potencial epidémico, debido a la construcción de la Carretera Panamericana y, en general, a la intensificación de las relaciones y comunicaciones entre las diferentes regiones del continente, situación que rápidamente la podía convertir en un «problema interamericano». Sin embargo, a los pocos años, la oncocercosis sería declarada enfermedad profesional de los trabajadores de las fincas cafetaleras, sin que ello descartara, por completo, una «aproximación indigenista».

Todos estos elementos configuran el ámbito de análisis de esta obra que, desde el estudio de un caso concreto, propone reflexiones históricas, antropológicas y sociales más amplias, con dos preocupaciones principales: por un lado, la forma en que se establecen asociaciones entre enfermedades y adscripción «étnico-racial» de individuos y grupos; por el otro, sobre las relaciones entre la definición geográfica, social o étnicamente diferenciada de una enfermedad y los relatos y diagnósticos, médicos y sociales, acerca de su origen, propagación y tratamiento.

Organización de la obra

La primera parte —«Paisajes, diagnósticos y representaciones de la oncocercosis»— reconstruye los itinerarios de la enfermedad, desde su descubrimiento en México, y primeras expediciones y campañas de erradicación, hasta el momento en que adquiere la calidad de «problema interamericano» y en-

tra en el ámbito de interés del movimiento indigenista continental. Para ello, se estudiará el papel de diferentes actores, individuales y colectivos, nacionales e internacionales, a la hora de establecer y difundir descripciones, diagnósticos y representaciones que fueron determinantes para el desarrollo de los proyectos, la experimentación y los tratamientos.

En este análisis, considero diversos y numerosos elementos que se mezclan en sus recorridos históricos y aquí se distinguen en varios capítulos: el debate acerca del origen, la propagación de la enfermedad y la calificación de los enfermos; la descripción/representación narrativa y visual de la enfermedad, de sus vectores, de los lugares y de los enfermos, así como la imbricación entre investigación, experimentación y tratamiento; los viajes y expediciones de «descubrimiento» en el contexto de modernización en el continente americano; la relación entre la aproximación indigenista «previa» y el trabajo de campo.

La segunda parte —«Testimonios. Narrativas sobre la oncocercosis»— presenta una selección comentada de textos e imágenes, fuentes en su mayoría desconocidas, inéditas o de difícil acceso, procedentes de diferentes archivos y repositorios mexicanos: informes oficiales e internos; artículos científicos y tesis profesionales; informaciones y reportajes periodísticos; ponencias, resoluciones y actas de congresos; proyectos de estudio etnográficos y de introducción de servicios médicos; correspondencia, notas y diarios de campo; cuestionarios sociales y fisiológicos; fichas médicas; dibujos entomológicos, fotografías y mapas. La distribución de los testimonios sigue el hilo conductor de los principales «diagnósticos» de la oncocercosis, que propiciaron narrativas etnográficas y configuraron los avatares de una enfermedad considerada exótica y autóctona, endémica e indígena, social y profesional, en un recorrido para nada lineal, en el que cada definición podía ser descartada y recuperada en momentos diversos.

Esta compleja organización de la obra responde a mi objetivo principal: desvelar los efectos de narración etnográfica de los textos y las imágenes, en diálogo crítico con las descripciones disciplinarias que se le hubieran atribuido de acuerdo con su ámbito de procedencia y autoría. En conjunto, las dos partes fundamentan una perspectiva de investigación que defiende la necesidad de ampliar el conocimiento de los hechos y de la época en la que ocurrieron para contribuir a una interpretación crítica e informada de los indigenismos y de sus protagonistas, instituciones, discursos y acciones y de cómo esas experiencias y lecturas han afectado a los grupos calificados como «indígenas».

En buena medida, el tema de esta obra se ha ido configurando a la par que avanzaba la investigación que la sus-

tenta, sin que se pudiera acudir a un conocimiento asentado en una «bibliografía de referencia», algo que es válido también para muchos de los aspectos específicos que contribuyen a su definición, desde los actores y las instituciones, hasta los hechos ocurridos y los procesos en los que se insertan, desconocidos o poco estudiados previamente. Por ello, la mayor parte de las «referencias», incluso las que, en otros trabajos, formarían la bibliografía, adquieren aquí la consideración de fuentes primarias.⁷ En esta perspectiva, es fundamental la determinación de ofrecer una amplia selección documental que podría abrir camino a nuevos estudios e, incluso, a interpretaciones diferentes a la que aquí propongo. Por ello la cronología, las referencias a las diversas fuentes y bibliografía, y los tres índices al final del libro son elementos constitutivos del conjunto y no meros anexos instrumentales. En este punto, doy gran relevancia a los índices de personas y lugares con los que quiero sacar del anonimato a las personas y los «rincones» en que ocurrieron los hechos y debates aquí rescatados y analizados.

Solo a través de una lectura entrelazada de diferentes recorridos de análisis, podemos recomponer la imagen que, de los lugares, de sus gentes y de la propia enfermedad, se fue configurando desde las «descripciones» de quienes, con distintos propósitos y variados éxitos, viajaron al descubrimiento de las incógnitas de la oncocercosis y, al mismo tiempo, contribuyeron al imaginario geográfico, social y antropológico de esos rincones mexicanos.

Agradecimientos

En los años en los que fue naciendo este libro, numerosas personas e instituciones me han ofrecido su apoyo, y muchas conversaciones y caminos se han cruzado. Al estar íntimamente relacionado con la más amplia investigación acerca del indigenismo, comparten el punto de partida: mi estancia en el Instituto Indigenista Interamericano, cuyas puertas fueron generosamente abiertas por su último director, Guillermo Espinosa Velasco, en el invierno entre 2004 y 2005. Tuve entonces la suerte de poder colaborar en las tareas de organización y digitalización del acervo histórico, en el que fue el último proyecto del Instituto, clausurado en julio de 2009, dejando un valioso legado documental, cuya parte digitali-

⁷ Se trata de una aclaración importante, debido a que el uso del formato APA para libros y artículos (por norma editorial) podría llevar a confusión sobre su carácter de mera referencia bibliográfica. Dejaré en notas a pie de página las referencias a documentos de archivo y fuentes hemerográficas, además de las anotaciones estrictamente aclaratorias, por la imposibilidad de una cita correcta en el cuerpo del texto.

zada ha sido imprescindible en la larga etapa posterior en que permaneció inaccesible.

Muchos años después de aquel encuentro con los papeles del «triple I», este libro trata de asuntos, personas y lugares que poco a poco he ido conociendo, a la vez que avanzaba mi trayectoria de investigación sobre el tema concreto y sobre el indigenismo interamericano. Una trayectoria que es difícil, si no imposible, considerar individualmente; siempre tuve un compañero con quien debatir, leer y escribir: Juan Martín Sánchez.

Nuestra propuesta de interpretación acerca del campo indigenista —resultado del Proyecto INTERINDI «El indigenismo interamericano» (HAR2008-03099/HIST)— es la que enmarca el tema específico y mi mirada y, al mismo tiempo, resulta enriquecida por el caso concreto. La reflexión en términos de «campo» nos ha acompañado en otros proyectos posteriores —el Proyecto «El campo indigenista en América Latina» (I-LINK0738) y el Proyecto RE-INTERINDI «Los reversos del indigenismo» (HAR2013-41596-P)— para finalmente encontrar cabida en el actual Proyecto HeterQuest «La heterogeneidad en cuestión» (PID2019-107783GB-I00), al que se adscribe también la investigación específica que presento en este libro y que espero pueda ser de utilidad para la discusión más amplia acerca de la «heterogeneidad» latinoamericana.

Numerosas instituciones y personas han hecho posible la realización del trabajo de investigación y me han apoyado en la fase de escritura de este libro.

Quienes compartan la pasión por los archivos y las bibliotecas saben que el tiempo vivido entre legajos, papeles y libros es una experiencia en sí misma, en la que se alternan entusiasmos y decepciones según el resultado de las pesquisas, pero nunca del todo ajenas a las circunstancias y a los lugares en las que ocurren.

Quisiera agradecer a las personas que atendieron a mis solicitudes, dudas y preguntas en varias visitas a lo largo de la última década. En la Ciudad de México: al personal del Archivo Histórico de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, que me ofreció agradables estancias en el bullicioso centro histórico; al personal de la Biblioteca Juan Rulfo, que me dio acceso a los acervos del Instituto Nacional Indigenista, cuando todavía pertenecían a la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (ahora Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas o INPI); al personal del Archivo Histórico del Programa Universitario de la Diversidad Cultural e Interculturalidad (AHPUIC) de la UNAM, donde se resguardan actualmente los acervos del III que, después de varias peripecias, pude reencontrar en una casa de la colonia Huipulco, asomada al intenso tráfico del Viaducto Tlalpan;

al personal de la Biblioteca Central de la UNAM, que me ayudó a localizar tesis de medicina en aquel décimo piso todavía con los signos visibles del recién terremoto; al personal de la Biblioteca Manuel Orozco y Berra de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (DEH-INAH) que, en su bonita sede de Tlalpan, me brindó el acceso al Archivo de la Palabra y Programa de Historia Oral. En Oaxaca, pude transcurrir días provechosos y apacibles en la Biblioteca Fray Francisco de Burgoa y en la Fundación Cultural Bustamante Vasconcelos, en un entorno siempre fascinante donde se fueron definiendo muchos aspectos de este trabajo. *In situ*, gracias también al personal de las bibliotecas del CSIC, por apoyarme en mis curiosas pesquisas sobre revistas y folletos de medicina. En 2020 y 2021, con las restricciones impuestas por la pandemia de la Covid-19, la imposibilidad de viajar a México fue compensada por el generoso apoyo de la Hemeroteca Nacional de México y del Archivo Histórico de la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH (AH-DEAS), que me enviaron valiosos materiales. Gracias sobre todo a Guillermo Cerón y a Miguel Ángel Sabido, también por su ayuda en la reproducción de imágenes, lo mismo que a Selene García (Biblioteca Burgoa), a Consuelo Bustamante (Fundación Bustamante Vasconcelos) y a Silvia Gómez (Fototeca Nacho López, INPI). A Sara Molinari y José Íñigo Aguilar (INAH), por compartir conmigo sus hallazgos en el AH-DEAS, antes de que se publicara su recopilación de parte de esas fuentes.

En varios encuentros, seminarios y congresos, presenté avances de esta investigación: Coloquio «Conocimiento social, políticas públicas y cuestión social en América Latina» (CSIC, Sevilla, 2014); Seminario Internacional «Indígenas e indigenismo en América Latina, siglos XIX y XX» (CIESAS, Oaxaca, 2014); XXXIV International Congress of the Latin American Studies Association (LASA, New York, 2016); Coloquio «La representación del Indio a través de imágenes y textos» (INAH, Ciudad de México, 2017); 56° Congreso Internacional de Americanistas (ICA, Salamanca, 2018). Finalmente, impartí la conferencia «¿Patología “indígena” o enfermedad “profesional”? la oncocercosis en Oaxaca y Chiapas, 1920s-1950s» (DEH-INAH, Ciudad de México, 2019). Con Abigail E. Adams publiqué la investigación sobre el caso guatemalteco, en la obra colectiva *Out of the Shadow* (University of Texas Press, 2020), por invitación de Julie Gibbings y Heather Vrana.

Entre las y los colegas con quien tuve la suerte de conversar sobre el tema y que me acompañaron en distintas etapas de investigación y escritura, quisiera especialmente mencionar a: Berta Ares, Jesús Bustamante, Rosa Casanova, Deborah Dorotinsky, Antonio Escobar Ohmstede, Miriam Galante, Pilar González Bernaldo, Javier González Díez, Ri-

cardo González Leandri, Stephen E. Lewis, Mirta Zaida Lobato, Haydée López Hernández, Salomón Nahmad, Guillermo de la Peña, Andrea Ravenda, Núria Sala i Vila, Salvador Sigüenza, Juan Suriano, Daniela Traffano, Sofia Venturoli.

Va un cariñoso agradecimiento también para Mati y Fernando, por darme refugio en su casa de Coyoacán, donde platicamos larga y gustosamente. A Vero y Eduardo, por sus siempre generosos ofrecimientos y ricas conversaciones. A Daniela Marino, Daniela Traffano y Huemac Escalona, por su apoyo en la Ciudad de México y en Oaxaca, respectivamente. A Lola Morel, Cris Arapahoe, Pablo y Raquel por las tardes vividas y soñadas en El Camerino. A Riccardo, por compartir cafés, pasiones y algunas amarguras. A Lola y Maru, por ayudarme en las transcripciones de los documentos. A José Ángel, por los dibujos de los mapas. A Juan José R. Villarías, por sus

consejos sobre cómo y dónde presentar este manuscrito. Agradezco a quienes realizaron las evaluaciones y al Comité Editorial de la Colección De acá y de allá, especialmente a Luisa Abad y a Margarita del Olmo, su interés por esta obra y las sugerencias para mejorarla.

Este libro se terminó de escribir en Demonte, un pequeño pueblo de medio valle de montaña en el norte de Italia, en el que crecí y al que pude volver entre 2021 y 2022 gracias a estancias de investigación en las universidades de Turín y de Milán. El tiempo vivido en un entorno familiar, devenido en parte extraño, acompañada por las personas y los lugares geográficamente lejanos que habitan estas páginas, quizá no fuera del todo inoportuno para un libro en cuyo origen están mis constantes inquietudes sobre la forma en que se representan las distancias y las cercanías, y cómo ello influye en la definición de las personas y de los grupos humanos.